

Año. 10 No. 10. Semestre B de 2023 ISSN: 2322-9977

# ERGOLETRÍAS



Universidad  
del Tolima



ACREDITADA  
DE ALTA CALIDAD

¡Construimos la universidad que soñamos!

*Barry*



Universidad  
del Tolima



Una nueva historia  
**ACREDITADA**  
DE ALTA CALIDAD

**REVISTA ERGOLETRIAS**

Año. 10 No. 10.

Semestre B de 2023

ISSN: 2322-9977

Rector  
Omar Albeiro Mejía Patiño

Vicerrectora de Docencia  
Martha Lucía Núñez R.

Vicerrector Desarrollo Humano  
Diego Alberto Polo Paredes

Vicerrector Administrativo y Financiero  
Mario Ricardo López Ramírez

Vicerrector de Investigación – Creación,  
Innovación, Extensión y Proyección  
Social  
Jonh Arteaga Jairo Méndez

Director Idead  
Carlos Arturo Gamboa Bobadilla

Secretaría Académica Idead  
Marien Alexandra Gil Serna

Director Publicación  
Nelson Romero Guzmán

Comité Editorial  
Carlos Arturo Gamboa B.  
Elmer Hernández  
Jorge Ladino Gaitán  
Hernán Ruiz

Asistente Editorial  
Norma Constanza Torres Espinosa

Diseño  
Andrés Mauricio Ospina Ariza

Imágenes  
Tomadas de la WEB suministradas  
por el director de la revista

Dirección  
Universidad del Tolima Sede Centro/  
Barrio Santa Helena  
Correo electrónico:  
revistasidead@ut.edu.co

## Luz Stella Rivera Espinosa

(Ibagué, 1967)



### El vendedor de escaleras

—¿Qué es lo que vende ese hombre? -  
—No sé, jamás había visto algo parecido.  
—Señor, ¿Qué es lo que usted vende?  
—Escaleras, señoras, son las mejores que ustedes hayan visto jamás. De buena madera, muy bien hechas y a buen precio-  
—¿Escaleras? ¿Y para qué sirven? -  
—Para lo que sirven todas las escaleras, señoras, para ayudarnos a subir a lugares que rebasan nuestras posibilidades de alcance-

Las dos se miraron extrañadas. La que parecía tener más autoridad tomó la iniciativa:

—¿Y cuáles, se supone, son los lugares que rebasan nuestras posibilidades de alcance? -  
—Los tejados, el segundo piso, las frutas de los árboles altos, los muros...en fin. -

Volvieron a mirarse un tanto burlonas y la otra agregó:

—En Ciudad Amurallada todas las edificaciones constan de una planta, las paredes y los techos

son compactos, tenemos jardines con el mismo número de flores, igual cantidad de pájaros y las frutas de los árboles están al alcance de nuestras manos, hasta las instalaciones de servicios públicos son subterráneas. Para revisarlas no hay que subir, solo tenemos que inclinarlos un poco.

Ante tal descripción, el vendedor de escaleras esgrimió su mejor argumento:

—Con una de estas escaleras podrían ver más allá de la muralla.

Las dos mujeres se miraron desconcertadas. En ciudad Amurallada todos eran felices. Todo lo necesario estaba de este lado de la muralla. Había reglas específicas para conservar la felicidad: no intentar grietas en el muro, no soñar alas, y jamás pensar una escalera. La gente era tan dichosa, que en su pensamiento nunca aprecian cosas semejantes.

—Permítanos un momento, Ruth, ven acá-  
Se alejan un poco del vendedor y hablan en voz baja.

—Tú que dices: a mí me gustaría comprobar la historia del abuelo. Recuerdas esas historias del viejo mundo antes de que desviarán el río. Decía que el río pasaba por la parte norte de la ciudad y que el puente conducía a otra ciudad donde jamás se apagaban las luces y nadie dormía porque la gente la pasaba jugando al azar. -

—Claro que me sé esa historia. También decía el abuelo que antes de que construyeran la muralla, cada cual construía su casa con los pisos que quisiera, dejaba crecer sus árboles hasta donde le diera la gana, y no existía la comisión para conteo de flores y de pájaros.

Mientras las dos señoras se apartaron y hablaban en voz baja, los transeúntes se fueron aglomerando alrededor del vendedor, incluyendo dos agentes de policía. Un señor con aspecto de abuelo tomó la iniciativa:

—Llevaré una para mis nietos-

—Muy bien señor, aquí la tiene. Déjeme ayudarlo. Si mete su brazo por aquí, la puede sostener con la misma mano y la otra le quedará libre...son treinta mil pesos.

Una de las mujeres que cuchicheaba se le acercó.  
—Disculpe señor, ¿Qué va a hacer usted con ella?  
-  
—Yo, nada. Mis nietos sabrán qué hacer con ella.-

Una de cada cinco personas que se acercaron al vendedor adquirió una. La gran mayoría ni siquiera sabía lo que era una escalera, menos aún para qué servía. Las autoridades no sabían que hacer. Miraron el libro de las reglas específicas y sólo encontraron la prohibición expresa de pensar en escaleras.

En los días siguientes aumentaron las ventas.

—...me llevo una, se verá bien en el jardín. -

—...necesito una escalera, mis hijos dicen que es el juguete de moda. Sus amigos de la cuadra la tienden en el piso y juegan a saltar.

—...quiero una escalera, mañana es el cumpleaños de mi hija. -

Pronto Ciudad Amurallada se vio invadida de escaleras. Un día cualquiera un pequeño trató de saltar desde la escalera erguida, y junto al riesgo de los huesos rotos, la suspicacia los llevó a intuir el mundo del otro lado de la muralla:

Las autoridades hicieron las advertencias al respecto. Una escalera erguida conduce a la tragedia, una persona que sube por ella, además de arriesgarse a ver desde lo alto lo impensable, puede quebrarse los huesos. Si bien tener una escalera en casa no





está contra la ley, las consecuencias de su uso pueden poner en riesgo la felicidad de esa familia. Conclusión: mejor no usarlas.

Todas las escaleras fueron decomisadas.

Cuando las escaleras pasaron de moda, el vendedor trajo las alas. Las fabricó de papel, de trapo, de plumas, y el escándalo sacudió de nuevo las murallas. La ley también tenía su vacío al respecto: *No soñar alas*. Nada decía sobre comprarlas y usarlas. Sin embargo, después de adquirirlas sin la certeza de su uso, pasaron a ser parte de los adornos de las salas y los juguetes de los niños. Después de las fiestas de disfraces, de los juegos alados y de los manuales sobre como caminar con un par de ellas. Fueron decomisadas al comprobar que además de aparatosas, eran artefactos peligrosos, ya que, en algunos casos, el viento trató de llevarse a los niños con todo y alas.

Tiempo después el vendedor trajo la moda de los cinceles y el martillo, pero el único uso que los habitantes de Ciudad Amurallada les dieron, fue esculpir sus iniciales en el muro para que las generaciones venideras tuvieran noticias de su pasado.

Cada veinte o treinta años, siglo tras siglo, vuelven las modas, las nuevas generaciones se entusiasman. Siempre encontrarán un vendedor de escaleras en el parque de Ciudad Amurallada.



ERG OLETRIAS

*Salvador Dalí*